

IV

YA se han apagado los ruidos de la calle. De vez en cuando, el motor de un carro viejo, de los que pasan por allí; y, a lo lejos, confuso, intermitente, suena el tocadiscos en la cantina de Ignacio. Debe ser un mambo, a menos que sean gringos los que lo han puesto a sonar.

La cantina de Ignacio tiene un letrero afuera. *This bar is not restricted.* Adentro hay varias cholas muy pintadas, con los vestidos casi siempre de telas brillantes y el pelo muy largo. Les gustan los soldados gringos y los marineros. Pagan bien y conversan poco, porque no pueden entenderse bien hablando.

Carmen, "La Pichona", está sola otra vez. Ya la radio terminó; ya se fueron las vecinas. Todo el vecindario duerme, menos Don Marcelo, el ciego, y tal vez Chon, que puede estar planchando. Pero, Carmen, "La Pichona", está sola otra vez. Sola, allí en su cuarto de rejilla, con las cuatro mecedoras y la mesa, el radio y la estantería de madera donde guarda varias cosas bajo llave. Al lado de la sala tiene una recámara, con una ventanita de persianas, que se abre sobre la calle; pero esta ventanita está siempre cerrada. Carmen, la "Pichona", está sola otra vez. Como ayer; como estará mañana; como estará siempre.

Carmen, "La Pichona", gorda, fofa, con el rostro arrugado y el bozo muy negro, está llena de rencor. Ella lo sabe. Lo sabe, pero no puede remediarlo. No quiere, además. En Carmen, "La Pichona", no pudieron llegar a madurar nunca los nobles sentimientos de ternura, de piedad, de amor, porque en la vida sólo conoció maldad y egoísmo. Carmen tiene el alma enferma, y eso no tiene remedio. Sólo se siente contenta cuando ve a alguien sufrir; cuando sus maquinaciones triunfan. Pero, aún entonces, esa sensación de gozo le dura muy poco porque la dicha y la perversidad no pueden

estar juntas. Por eso acude presurosa siempre cuando Elvia se desploma en convulsiones, esperando que se asfixie sola; que se destroce la lengua, o que se reviente el cráneo contra el pavimento. Un día la vió caer inerte, como caen los epilépticos, y se apartó para mirarla. Estaban las dos solas. Pudo haberle puesto alguna cosa bajo la cabeza, y no lo hizo. Carmen, "La Pichona", está enferma de maldad. Por eso espera que el viejo Don Marcelo, el ciego, un día se impaciente y rueda por las escaleras. Por eso también engaña a la gente que acude a consultarle cosas, y mezcla unguentos nauseabundos, y hace abortos criminales. Como a ella se lo hicieron una vez, dejándola lisiada.

Era entonces una niña, casi. Vivía allá, en el interior, en un pequeño pueblo blanco, con un río cerca, como hay siempre en los pueblos, y unos árboles grandes y frondosos. Corotús, mangos, laureles; y más lejos, la dorada cresta de los nances. En el invierno, cuando el cielo se oscurece y las quebradas braman arrastrando lodo y ramas, el pueblo no era ya tan blanco. Pero pronto salía el sol; las acacias se adornaban con todos los colores, los papos estallaban húmedos, jugosos, y las veraneras des-

deñaban el verdor de las hojas para quedar sólo con flores. Veraneras rojas, moradas, amarillas. Por las calles del pueblo bajaban los cholos, silenciosos, con sus enormes pies, tan anchos, de color de tierra; su expresión inmóvil y la chácara colmada. Detrás, las cholos, siempre con rostro de niñas, o viejas, muy viejas, con las largas trenzas a los lados del cuello enflaquecido y encorvado. Andaban siempre por el pueblo muy despacio, mirando, sin rumbo; se metían en las tiendas a comprar alguna cosa, o a vender sus hamacas, o un poco de arroz. Luego, descansaban en cuclillas, siempre quietos, silenciosos, con la pipa entre los dientes. Al anochecer iniciaban el regreso todos. Algunos se quedaban rezagados por el trago, y las cholos allí, sumisas, calladas, sin protesta; con aquellas criaturas soñolientas de ojos grandes y mirada de melcocha, que aprenden a callar rodeadas de silencio. A veces, al salir del pueblo, algunos cholos salomaban marchando con pisada incierta por los senderos del monte. Estaban borrachos. Otros, pocos, se caían al suelo. Sin una voz, sin un gemido. Nada. Se caían por el mucho seco, quedando dormidos. Y la chola allí, con los chiquillos, acurrucada al lado del hombre, cuidando su sueño, hasta que despertara. Allí mismo. Donde

él cayera. Sin moverse, hasta el amanecer; sin mirar la luna ni contemplar las estrellas más que para adivinar el día, que empieza siempre cuando palidecen. Después, hacia el rancho lejano; sin una recriminación, ni un gesto de protesta.

Carmen recuerda, a veces, todo esto. Recuerda el pueblo blanco, tan tranquilo, donde se identifica a la gente por el rumor de la pisada. Recuerda a Marcela, su hermana mayor y a Pepe, su hermano pequeño, que lloraba mucho y siempre a gritos, porque era un niño consentido. Recuerda hasta los charcos que se hacían delante de su casa, muy cerca de una mata de culantro y de un rosal chiquito que parecía cansado y triste, y de un palo de caracuchas. Y recuerda las piñuelas, que siempre estuvieron lo mismo, la cerca rota de la casa de enfrente, donde vivía el maestro, el café con raspadura y las tortillas de la abuela, que fué quien la empezó a llamar "Pichona". Y la iglesia, con sus puertas cerradas, de un azul desvaído, la torre desconchada y sucia, con las dos campanas mudas. Mudas... hasta que una tarde llegó el cura.

Era un mocetón fuerte y robusto, de Castilla. Las familias castellanas son prolíficas, y

la tierra de labor es poca y dura. No tiene verdor. Algunos chopos nada más, cerca del agua. Y muy lejos, muy lejos, un río que corre lentamente y ancho a través de la llanura inmensa, haciendo a veces un recodo para reflejar las ruinas de una fortaleza. Por eso los hijos pobres de Castilla son soldados, o maestros, o guardias civiles. También pueden ser curas. La vocación importa poco. Eso lo decide el padre un día, o una noche, hablando con la madre, en tanto que el trigo se mece en las eras. Ramón será cura. Y a los pocos días, Ramón llega al Seminario. Latín. Filosofía. Teología, y más latín. La comida es mala y escasa; pero Ramón no lo advierte, porque el pan y el vino abundan, y son pan y vino de Castilla. Hay paseos en hileras largas a través de la ciudad tranquila. Lejanos toques de corneta, allá, por un cuartel, y el sonar de las campanas. Siempre campanas. La catedral gótica, inmensa, son sus naves silenciosas; los canónigos, con hebillas de plata en los zapatos y las medias moradas, encendiendo perspectivas gratas en el alma limpia de los seminaristas. Una canongía... Penitenciario... Magistral... Doctoral... ¿Quién sabe? Después, tal vez Obispo. Hay que estudiar mucho latín y algo de griego. Declinar y conjugar. Más teología.

Moral. Derecho Canónico. Por allí, encima de la mesa, hay un libro de tapas mugrientas. Apologética. Siguen los paseos, un año y otro año, cerca de aquellas murallas imponentes con torres escalonadas, que parecen formar la espina dorsal de la Historia, evocando ilustres nombres. Isabel, Santa Teresa, Fray Luis. Pasan los inviernos fríos, y un día llega la ceremonia. La ceremonia es el Señor Obispo y las golondrinas que aletean por todos los tejados. Allí, delante del altar que destella de luces, está Monseñor. Báculo y Mitra, y gruesos anteojos de miope. A través de los vitrales centenarios se quiebra la luz que recoge la morada amatista al trazar en el aire lentas y solemnes cruces. Luego, la primera Misa. La casulla es blanca. Blanca y oro. Después, hay un cruce de papeles a través del mar y se cursan unas órdenes. Ramón tiene una sotana nueva, una maleta de cartón pintado, y una carta para Su Ilustrísima. Ahora, le esperan muchas sorpresas. Muchas. La primera, el mar, que nunca ha visto. El mar... Es como si el cielo hubiera bajado hasta la tierra en un regalo de Dios. Lejos, en el infinito, el cielo y el mar son una misma cosa; un solo milagro. Y cerca, vive y late, y huele, con una fragancia nueva y pura. Así debe oler el cielo, porque el mar

conserva todavía muy reciente la huella del Señor. El mar... ¡Cómo puede dudar alguien de Dios, después de haberlo visto! Ramón se levanta antes del alba y corre por el barco para asomarse al mar. Mira absorto, alucinado, aquella masa sin medida, siempre igual y diferente, donde el buque hunde la proa para emerger después jubiloso. A veces, con el viento, se enreda la espuma, pero es un instante nada más. En seguida se diluye y todo queda atrás, como la vida misma.

En la sección de tercera hay muchos pasajeros. Uno es un francés, que toca el acordeón y canta sentado sobre la tapa de las escotillas. Empieza a hacer calor; mucho calor. Los marinos se visten de blanco y Ramón sube un día a la cubierta sin sotana. Su pecho, poderoso, se destaca recio bajo la camisa de percal con rayas, y el rostro juvenil, de barba rala, encendido por el sol del trópico, tiene luminosidades nuevas. Ramón sigue deslumbrado y el francés toca el acordeón y canta ante su público de siempre. Y aquella tarde, después de la siesta, Ramón topó con el pecado. Al principio no pudo darse cuenta, a pesar de que el Rector del Seminario, y el Señor Obispo, le habían hecho dilatadas advertencias al respecto. Pero Sata-

nás estaba allí, vestido de color naranja y con una cabellera roja y perfumada. Hablaba un español muy raro y vestía pantalones cortos subrayando la tentación irresistible de los muslos, largos, finos, poderosos, enrojecidos por el sol. Ramón se estremeció cuando le dijo algo que no pudo entender. Después supo que le pedía un cigarrillo. Más tarde, a la hora amarga de la penitencia y la oración, el joven sacerdote se forma el propósito de no fumar más. Si no hubiera tenido cigarrillos... Pero Lucifer hubiera buscado otros caminos, pues un mozo de Castilla, bajo el trópico, es siempre presa fácil para el Malo y, además, no hay hombre alguno que no lo encuentre muchas veces. Y Ramón siguió fumando. Y siguió buscando a la mujer, hasta que ella le dejó en Jamaica, porque se quedaba allí. Ramón vuelve a mirar al mar y una vez más vuelve a pensar que aquel olor tan limpio y nuevo es el olor de los cielos. Ahora ya sabe también cómo es el olor del infierno y del pecado, porque ha podido conocer la figura del Demonio. Y esto le asusta. Le asusta hasta aterrarlo, y busca al capellán del barco. Pero el viejo tonsurado no habla bien el castellano y ha olvidado ya el latín. Tranquiliza al penitente y no tarda en pronunciar la fórmula de absolución. Ramón

sigue temeroso y cuando el domingo dice Misa en la capilla, piensa que es aquella la primera vez que se aproxima a Dios por el áspero camino del dolor y del arrepentimiento.

* *

La llegada de Ramón al pueblo es una tarde en que el cielo enciende todos los colores para despedir al sol, y las palmeras gigantescas parecen estirarse más para poder ver mejor. Pero la casa que le está reservada al lado de la iglesia le llena de abatimiento. El humilde mobiliario, roto y sucio; las enormes manchas en el piso, evidencia de muchas goteras; y el pequeño crucifijo de la sala, mutilado. Es la solicitud de los vecinos todos lo que da aliento a su ánimo, lo mismo que la risueña perspectiva del poblado. Tan lejos de su casa; tan lejos del Seminario; tan lejos, también, del pecado y escuchando, emocionado, el habla de Castilla.

Los días empiezan a fluir y las campanas de la iglesia suenan otra vez. Ramón estrena una sotana blanca, privilegio de los Papas, y prueba cosas nuevas. Mangos, aguacates, piñas. Todo es increíble, como aquel verdor perenne, como el musgo de las piedras; como los pericos que le han regalado. Y Carmen empieza a lle-

varle agua a la tinaja, a barrer los cuartos y a pasar el plato los domingos en la Misa de ocho. Carmen es dulce y obediente y tiene diecisiete años. Ramón empieza a organizar rosarios y novenas, a bautizar a los niños y a persuadir a las parejas de la conveniencia de casarse. Visita a los enfermos, reza los responsos en los funerales de los muertos y les da cristiana sepultura. Y todos los días dice Misa. Y todos los días, muy temprano, llega Carmen con el desayuno. Después se queda por allí para lavar la taza del café y el plato y recoger las migas. Y cuando Ramón le dice algo, ella le escucha atenta; muy atenta, alzando siempre la mirada clara hasta los ojos altos de él.

Aquello pasó como pasan esas cosas. Ramón tenía el Demonio adentro todavía, y, con veinticinco años, es difícil resistir sus tentaciones. Pero el pecado pesa mucho y deja un sabor amargo y duradero que estruja el alma en forma dolorosa. Cuando Carmen empieza a sentir vértigos y el vientre se le hincha, la familia se consterna y hay llanto en abundancia. Llanto de la abuela; llanto de la tía Agustina, tan devota y orgullosa, y un gesto duro y silencioso del señor Alfonso. Ramón anda deso-

lado y los rezos y las penitencias no logran dar paz a su espíritu, porque Carmen es buena, candorosa y limpia; y porque él ha hecho una infamia. Puede renunciar al sacerdocio y hacer de "La Pichona" su mujer. Pero, no puede hacerlo ante Dios y el pecado es el mismo, monstruoso, puesto que él había jurado castidad y consagrar toda su vida a Cristo, que tanto necesita de heróicos soldados. La conciencia le dice muchas veces que dejar a aquella niña abandonada con su hijo es un crimen abominable. Se lo dice a todas horas; hasta cuando se hinca reverente delante del altar. Es mejor así. Dejará de ser cura, puesto que no puede serlo. Hablará con el Obispo; pedirá perdón mil veces. Acudirá hasta el Vaticano. Tienen que escucharle y comprender las flaquezas y miserias de la carne. Y comprender también que aquella sangre moza no puede frenarse siempre en las tardes cálidas del trópico. Que sepan todos y que el mal no se repita. Sí. Ramón está decidido. Pero, después, reflexiona más calmado y vuelve a releer las cartas de Castilla. Porque de Castilla ya llegan muchas cartas. Allá están todos muy contentos con la plata americana. Pronto podrán reunir lo necesario para comprar el viñedo y reparar la casa y pagar las deudas viejas; aquella hipote-

ca, sobre todo, que fué siempre pesadumbre grande. Ramón lee muchas veces las cartas de la madre y de la hermana sin poder pensar siquiera que en aquellas líneas, trazadas por manos castas, juega enredos Satanás. Es difícil ser bueno entre los hombres, cuando todos andan por el mundo con sus ambiciones bajas, sus envidias, sus ruindades. Y a Ramón, sin darse cuenta de ello, le salpica el alma la codicia de los suyos.

Ramón sufre mucho, porque es joven todavía y existen en su espíritu zonas muy grandes no tocadas por el daño. Y Carmen, sin comprender bien lo que pasa, se ve observada de manera extraña, sobre todo por su tía Agustina, que es la que dispone traerla a la capital. Agustina, tan devota, tan creyente, expone sus razones a la abuela y a su hermano Alfonso. Sería un escándalo en el pueblo. Un escándalo muy grande. Ellos eran pobres; es verdad. Pero eran casi la mejor familia. Abuelos colombianos y españoles todos; todos blancos. Por eso les decían los “ñopos”. Por algo cuando la política, los grandes iban a su casa.

La abuela se calla y amasa tortillas y el señor Alfonso, huraño, taciturno, deja a las mujeres decidir. Si Carmen hubiera tenido ma-

dre... Pero la abuela era muy vieja y Marcela, la hermana mayor, no se enteraba de nada, prendida, como estaba, en su noviazgo con el joven administrador de los Alduero. Por eso decidió la tía Agustina, y por eso una mañana muy temprano se suben a la camioneta que viene para Panamá. Hasta Carmen llega el toque de campanas, llamando a la primera Misa, cortado de pronto por la bocina del carro. Nunca más volverá a oírlas como la mañana aquella. Nunca más pasará el plato, ni barrerá la rectoral, ni mirará a Ramón, que entonces estaría vistiéndose la casulla. Porque Ramón va a ser trasladado pronto a otra parroquia lejana y enviado después a una Diócesis del extranjero. Sus huellas se pierden para siempre en la inmensa geografía verde y ocre de los llanos, de la pampa, de la cordillera y de la puna; a través de ríos muy grandes, y de lagos y de selvas. Seguirá sintiéndose abatido por el peso abrumador de los remordimientos, que son divino remedio, y lavando poco a poco, de este modo, la repulsiva mancha del pecado. Pero Carmen llega a Panamá con su inocencia intacta y ve abrirse ante sus ojos un alucinante torbellino de impudicia, de crueldad y de dolor.

Agustina no quiere perder tiempo. Instalada en la pensión, indaga, busca, y halla pronto. No muy lejos de una playa vive una mujer muy hábil y discreta. Agustina no pregunta más, y ordena la operación. Y una tarde, Carmen, "La Pichona", es conducida al sacrificio. Paredes verde claro, con algunos calendarios y estampas piadosas en profanación inconsciente. Unos baldes de agua, palanganas y un tubo de goma. Gasas, algodón y varios trapos. Eso es todo. Carmen grita de dolor; grita en alaridos, que suenan un instante. Después, la obligan a callar violentamente, pero el tormento continúa. Carmen siente que le arrancan las entrañas; que la vida se le escapa entre el sudor, copioso, y la sangre que llena ya varias vasijas. Agustina intuye vagamente que aquello es un crimen y promete referirlo al confesor. Tiene ganas de arrojar, y miedo; y teme desvanecerse. Las manos de aquella mujer siguen su trajín mortal y Carmen, "La Pichona", sin fuerzas ya para la lucha, enronquecida y trémula, llora silenciosamente.

La mujer que opera clandestinamente no oculta su susto y sugiere que la niña se acueste en seguida. Para eso tiene un cuarto. Y, por primera vez en su vida, Carmen, "La Pichona" se

enfrenta a la muerte y a la sórdida miseria de una cama repugnante. Tres días sin moverse, febril, insomne, dolorida, sobre una colchoneta hedionda y dura. Tres días sin sol y sin verdor; sin el rumor de los árboles ni la algarabía de los pájaros, y sin la esperanza de besar al hijo. Su hijo ya no es más que una piltrafa que se pudre en algún lado, o que los gallinazos devoraron en disputa a picotazos. Carmen no puede comer y la fiebre aumenta y la hemorragia vuelve. Agustina reza tres rosarios y aquella mujer va a buscar a su comadre Eulogia, que es de Barranquilla y sabe muchas cosas. Pero no son los rosarios de la tía Agustina, ni el sobijo con el sebo de puerco, ni los humos de las yerbas quemadas en la habitación. Es la juventud de Carmen lo que vive. Son sus diecisiete años sin la menor mancha.

Carmen vive, porque tiene que vivir. Una semana después, débil, vacilante, enflaquecida, regresa con su tía a la pensión. Mucho hígado en el desayuno, caldos de gallina y jugos de fruta. Pero, una carta del pueblo, la primera, alarma con noticias graves de la repentina enfermedad del señor Alfonso. Un dolor muy fuerte al pecho, y un desmayo, y ahora no recobra el habla. Y un brazo y una pierna inmóvil. Agus-

tina decide regresar, y decide regresar sola. Carmen no está bien todavía y el viaje, así, tan largo, con la carretera mala, puede hacerle mucho daño.

Carmen queda en la pensión con poca plata. Para un mes, nada más. Se queda allí, en aquel cuarto pequeño que se abre sobre un patio, y en el comedor. Una mesa de mantel manchado, con una azucarera y un salero y un frasco de mostaza y una botella pringosa con salsa de tomate agria.

El señor Alfonso está baldado, allá en el pueblo. Ha tenido una hemiplejía y Agustina, vacilante, no quiere dejarlo solo. Porque la abuela está muy vieja y algo chocha; se le olvidan las cosas y todo lo confunde, menos la manera de hacer las tortillas. Y Marcela, ahora, se pasa casi todo el tiempo en casa de los padres del novio, Sebastián. La lengua del señor Alfonso se rebela contra la parálisis y emite espuma con gruñidos en que se adivinan maldiciones. La boca torcida y medio cuerpo muerto, dan al viejo campesino un aspecto diabólico. Agustina llora y reza. Reza mucho, pero no bastante para confortar su ánimo, pues la paz de su conciencia no quiere regresar. Ha confesado en Panamá su crimen y el prudente y

sabio jesuita la escuchó en silencio, y luego tuvo para su conducta palabras duras de condenación; muy duras. Para un confesor, el penitente es un enfermo que acude en busca de consuelo. Y el remedio son siempre sus consejos, sus advertencias y sus admoniciones. Han de ser palabras suaves, persuasivas, convincentes. Pero Agustina persistía en el error y no lograba arrepentirse; argumentaba su fervor cristiano, su adhesión firme a la Iglesia y su claro propósito de dejar sin sombra de sospecha la reputación de un sacerdote joven que, en un mal momento... Pero el jesuita no quería escuchar tan terribles abominaciones, tan torpe y monstruosa idea de los Mandamientos de la Ley de Dios; de lo que es piedad y caridad cristiana. Y no hubo absolución, porque no había arrepentimiento. Tampoco la obtuvo del Padre Carmelita, ni de otros sacerdotes que buscó impaciente a través de la rejilla del confesonario. Tal vez algunos la creyeron loca... Era necesario arrepentirse; arrepentirse con fervor de aquel delito horrendo, y Agustina no podía, aferrada a sus torpes creencias. Algo le decía allá adentro que los confesores andaban errados; que no la habían entendido bien. Pero, ahora, al ver al viejo, paralítico; al verse condenada a un quehacer de agobio y bajo las injurias mudas de

aquel rostro deforme, piensa que los cielos decidieron sancionarla en vida. Tenían razón los confesores. Y piensa en Carmen, "La Pichona", que quedó sola en Panamá, temiendo que sea blanco de cualquier maquinación infame. Pero no quiere llamarla. No quiere decirle que regrese mientras Ramón, el cura, esté en el pueblo. Ya hay rumores de traslado, y estima mejor esperar. Hay que ser prudente. También la jerarquía lo es. La Iglesia procede siempre con cautela; sin precipitaciones. Hay una vacante lejos. Se están haciendo los arreglos. Y pasan varios meses.

Carmen, "La Pichona", ha olvidado ya muchos dolores, porque la juventud es siempre pobre de memoria. Ha empezado a recorrer las calles y a sentir el atractivo corruptor que tienen todas las ciudades. Porque en las ciudades, todo lo atrayente es artificial y falso. El aire envenenado; los árboles raquíticos, ahogados en cemento; los colores de las cosas, los labios de las mujeres y la sonrisa de la gente. Todo artificial, postizo, de cartón o percalina. Todo trampa; de mentira. Hasta algunos panameños. Panameños de habla inglesa. Turcos, hindúes... ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde, si el cerro Ancón no es panameño y son panameños algunos comerciantes de turbante y barba?

Carmen, "La Pichona", saborea con deleite diversas sensaciones nuevas. El cine, los perfumes. Y un día se encuentra con Eulogia que la empieza a envolver con la mirada valorando sus encantos. Es como una red sutil y fina que la astuta comadre que llegó del Magdalena empieza a hilar alrededor de Carmen. Y un regalo, y otro más. Invitaciones al cine. Al "Cecilia", al "Variedades", que son los mejores. Después, Carmen se muda. Y un día se emborracha en una fiesta, donde la llevaron sin saber por qué. Eulogia se sonríe y le compra ropas nuevas. Y zapatos, coloretos y hasta una cartera de charol para guardar dinero. Porque Carmen, "La Pichona", que ya aprendió a pintarse el rostro y a mentir, ya empezó a ganar dinero. Con asco y repugnancia cuando no ha bebido, y luego, con indiferencia. Eulogia da consejos y recibe parte de las utilidades. Eulogia sabe bien el gusto de los señores; sabe de sus fiestas; de sus reuniones, y Carmen es bonita. Y el nombre de "La Pichona" le hace a todos mucha gracia.

Agustina está desesperada allá en el pueblo. La abuela está más loca cada día, y el señor Alfonso sigue igual. Pero, ahora el reumatismo la atormenta y no tiene el consuelo de la igle-

sia. Las cartas se despachan con regularidad, aunque Carmen contesta muy pocas. El cura ya se ha ido, sin decir adonde, y las puertas parroquiales se volvieron a cerrar. Marcela va a casarse en otro pueblo y serán padrinos los Alduero, porque doña Amelia tiene mucha simpatía por ella. Agustina pide a Carmen que regrese; pero Carmen tiene ya reloj pulsera y fuma. Fuma y bebe whisky. Y se ha hecho rizar el cabello. Carmen, "La Pichona", luce por las calles sus medias de seda, come de cantina, en casa, y va al cine por las noches. No. Carmen no regresa, porque no quiere regresar. No puede volver al pueblo blanco con su cara pintada, su pelo rizado y su cartera de charol, donde ya guarda dinero. Además, Carmen se levanta tarde todos los días y la pasean en carro, y un señor que vive en Bellavista la va a ver con frecuencia, a veces, para conversar tan sólo, y tomar un trago juntos. Carmen, "La Pichona", usa zapatos de tacón muy alto y tiene ya plata en el Banco. Doscientos balboas. Carmen, "La Pichona", no quiere regresar, y no contesta más.

Los años pasan pronto, no se sabe cómo. A las torrenciales lluvias del invierno suceden en seguida las frescas brisas del verano, y aunque

los árboles conservan todos su verdor, el campo cambia y se entristece. Se entristece más, hasta este pobre campo prisionero, rodeado de asfalto y de cemento, que hay en la ciudad. Pero, un día cualquiera, empieza a llover. Un día de Abril o Mayo. El invierno se anuncia así, volcando sobre la ciudad el agua acumulada en varios meses de sequía. Entonces, hay veces que Carmen, "La Pichona", se acuerda de Ramón y de las caracuchas. Pero, el recuerdo es débil y fugaz.

Un día de mucha lluvia, Carmen, "La Pichona", regaña con Eulogia. Es una discusión muy áspera, con insultos nuevos para Carmen, que cortan y desgarran. Ahora, ya sabe lo que es. El señor de Bellavista hace tiempo que no la visita y parece que las juergas redujeron su frecuencia. Carmen piensa que sus amigos envejecen, y la que envejece es ella. No lo sabe todavía. Pero sus carnes son flácidas, en torno de los ojos tiene bolsas arrugadas y la liga de las medias hace una huella muy honda. Son las suyas ya unas piernas estranguladas, de segunda clase; propias para soldados de la Zona. Porque siempre hay mujeres de relevo, como la jovencita que ahora tiene Eulogia en casa.

Carmen, "La Pichona", vive sola. Hace tiem-

po que en el pueblo murieron la abuela y el papá, y que la tía Agustina dejó de escribir. Cuando allá tuvieron que venderse las rebañaduras del potrero, las últimas reses; unas vacas cimarronas y el caballo moro, Agustina decidió ahorrar estampillas. Además, no quería saber lo que hacía Carmen en Panamá. Le bastaba sospecharlo para temblar de terror; para sentirse estremecida toda, sin poder dormir, temiendo que el Demonio la llevara en sueños al averno. Y es porque Agustina, arrepentida ya, se sentía muy culpable.

Carmen ya no tiene amigos. Amigos, no los tuvo nunca. Pero, ahora siente que la miran todos con ojos que hieren; son miradas de desprecio, indiferencia, envidia. Sobre todo, envidia. En la cantina, "La Ranita", que ha empezado a frecuentar de noche, es de las mejores hembras y una cara nueva. Tiene tanto éxito, que a veces logra tres clientes, mientras que sus compañeras dan vueltas hasta la puerta masticando chicle y simulando superioridad. Carmen se defiende en tan hostil ambiente, y se defiende sola. No ha querido nunca tener protector. Le basta con Anselmo, el dueño de "La Ranita", que la trata bien a cambio de muy poco. Hasta le ha dado aspirinas cuando le do-

lió una muela y una vez, que estuvo con trancazo y no pudo trabajar, le prestó diez pesos. Carmen, "La Pichona", vive mal y preocupada. Y las preocupaciones, cuando desarrollan el instinto de conservación, aguzan la malicia y el entendimiento. Pero, Carmen ya está gorda y el bozo se insinúa con exceso. Y lucha con dificultad. Busca los rincones menos alumbrados y elige de preferencia marinos borrachos.

Una tarde, mientras busca chances por 4 de Julio, ve a Eulogia renqueante y vieja, arrastrando unos zapatos rotos. Esta vez es Carmen la que mira con curiosidad maligna. Eulogia es una ruina, con toses de asma y párpados enrojecidos. Hablan. Hablan poco del pasado; casi nada, y algo más del presente. Eulogia vive sola en un cuarto pequeño, allá por Santa Rita. Si tuviera bien la vista... Pero, aquellas cataratas... Carmen reflexiona y piensa que ha llegado ya la hora de lograr venganza provechosa. Eulogia sabe muchas cosas. Sabe echar las cartas; sabe brujerías; sabe hacer abortos. Y "La Pichona", suavemente, con dulzura, le ofrece protección y ayuda. Eulogia no puede seguir viviendo sola. Enferma, como está, con asma, es peligroso. Carmen le brinda su cuarto. Tiene también una sala. Y, a los

pocos días empieza el entrenamiento. “La Pichona” escucha atenta y Eulogia hace un esfuerzo para apresar los recuerdos de las enseñanzas aprendidas. Lo de la baraja, es fácil. Tiene que ser española. Las copas son correspondencia; las espadas celos, o reyerta; el cuatro de bastos, matrimonio fijo; las sotas, ya se sabe... los caballos... y los reyes, según como salgan. Lo aprende cualquiera, porque son siempre mujeres las que van a preguntar. Y siempre hay una carta que se espera recibir; un viaje proyectado; una sombra femenina interpuesta en la felicidad doméstica. Luego, hay que decir algo también de la enfermedad grave pasada, la amenaza de la por venir y las intrigas que se tejen con calumnias y bochinchas. Hay que asustar algo a la gente, pues así vuelven mejor. Y pagan un balboa fácilmente, regresando al poco tiempo, y hacen propaganda... Lo de los ungüentos y lo de las bebidas para enamorar; para hacer que los maridos sean fieles y para curar las tercianas, es más fácil todavía. Hay también secretos graves que Eulogia musita al oído de su confidente. Para que los hombres no sean hombres más... para que se vuelvan locos... Y esto, no falla. Para los abortos hay que ver con cuidado el tiempo del embarazo, porque hay bebidas que bastan, o los baños de

pies de agua caliente. Y si no, la sonda. Y en varias ocasiones, Carmen, "La Pichona", actúa de ayudante con un goce morboso al ver correr la sangre y al poder estrujar dentro de un trapo aquella vida pequeñita que acaba de arrancar, aunque así se ofenda a Dios con el más grave ultraje.

Ya Carmen, "La Pichona", puede renunciar a "La Ranita" y a las bondades de Anselmo que, además, va a vender el establecimiento a un español malencarado y narigón que se llama Ignacio Olavarrieta. Ya Carmen se orienta por nuevos rumbos. Eulogia volcó el saco de sus muchos secretos y "La Pichona" sabe administrarlos. Ya tiene clientes que la buscan y le piden cita, y la vieja es un estorbo.

Las noches cálidas y húmedas, Eulogia se asfixia. Quisiera abrirse el pecho para poder respirar. El aire no llega y los pulmones sufren el ahogo. La vieja se incorpora con trabajo, se revuelve y cae sobre la almohada, inerte. Es sólo un estertor. Por allá cerca hay una medicina, unas cucharadas; un frasco de alcohol y un poco de alcanfor. "La Pichona" no se mueve. Aquello no sirve para nada. Si acaso, un alivio momentáneo. Las inyecciones sí

eran buenas; pero son muy caras y Carmen, "La Pichona", no quiere gastar. Además... ¿para qué?

En la oscuridad del cuarto, Carmen siente la agonía de Eulogia, que ahora reposa en un catre. La vieja ya no puede hablar y el ronquido de la respiración imposible se va haciendo más débil. Carmen tiene alerta el oído para levantarse y empezar los gritos cuando Eulogia muera. Antes, no. Eulogia se agita, y el golpe seco de los huesos contra la pared de madera tiene un sonido siniestro. La muerte tarda mucho en imponerse, aún sobre la vida de una anciana que no puede respirar, porque sólo es fácil destruir lo que no ha nacido todavía; muy fácil.

Carmen no quiere dormirse por temor a los vecinos; a sus comentarios. Cuando lleguen con el alboroto, Eulogia ha de estar caliente todavía y, además, la proximidad de un cadáver inmediato, es idea que la sobrecoge. Carmen no quiere dormir y enciende un cigarrillo. Piensa que el humo puede acelerar el trance de la vieja, y la idea la complace. Cuanto antes, mejor. Eulogia ya no alienta y "La Pichona" se levanta cautelosa. Enfoca sobre el catre una linterna y ve por un momento el labio colgante y

el ojo vidrioso. Las manos de la muerta, hueso y cuero, aún se prenden de la ropa con gesto de angustia; y los ojos, muy abiertos, contemplan inmóviles ese lugar invisible, ese lugar que no existe, que nadie puede ver, que miran siempre los muertos. Carmen tiembla un poco y al aflojarse la presión sobre el contacto, la linterna se apaga. Pero "La Pichona" lo oprime varias veces para cerciorarse de que Eulogia está muerta. Es como si hiciera disparos de luz con ánimo de rematarla.

Carmen, "La Pichona", se muda a otro barrio, porque las ganancias le permiten alquilar cuarto mejor. Por coincidencia se ha instalado cerca del lugar donde un día la llevó la tía Agustina, y hasta el decorado guarda mucha semejanza con la turbia memoria que conserva de la habitación donde temió morir. Pero Carmen no piensa ya en estas cosas, porque tiene mucha clientela. Hay hasta señoras blancas que acuden en consulta, y "La Pichona" se enriquece con plata y experiencias muy valiosas. Y un día dos hombres, que acaban de llegar en carro, la llevan detenida. Eran de la Policía. Carmen, "La Pichona", se pone nerviosa y dice que no a todo. Pero aquel hombre delgado la mira con anteojos, detrás de una mesa y parece

saber muchas cosas. Entonces, "La Pichona" emprende la ofensiva. Si quieren que lo diga todo, lo dirá. Si van a castigarla, que se sepa por qué. Va a decirlo todo; todo. Y los nombres y las fechas empiezan a fluir. El hombre de anteojos parece asustado y mira a todas partes abriendo los brazos. No puede ser. Aquello es demasiado; una carga abrumadora para un policía. No sabe qué hacer, pero suena el teléfono. Cuando cesa la conversación, el hombre de anteojos está decidido. Carmen volverá a su casa. Hay varias advertencias y consejos y hasta un discreto comentario sobre los amigos que deciden protegerla, pues conviene que lo sepa. Después, el hombre de anteojos, que ha cumplido su deber, va a tomar una cerveza a la cantina de costumbre; a una cantina de nombre simbólico, que se llama "La Concordia".

El episodio con la policía hace más audaz a Carmen y los negocios siguen bien. Hay una señora gorda que va a verla con frecuencia y le da mucho dinero para que averigüe las andanzas del esposo por medio de los naipes. "La Pichona" la complace y le da todos los detalles que ha podido averiguar. La señora gorda llora y sufre y revuelve en su bolso en busca de un pañuelo y de más billetes para Carmen, que

le dice siempre la verdad y que le ofrece un preparado de efectos seguros para retener al hombre. Un poco en la sopa; unas gotas nada más, sin que él se entere. “La Pichona” sabe bien, por experiencia, que a los hombres no les gusta la gordura sudorosa y blanda, ni las caras compungidas, ni los lloros, ni las recriminaciones. “La Pichona” sabe muy bien que aquel caso, como muchos, sólo puede resolverlo el tiempo; cuando el hombre, débil y achacoso, se tenga que refugiar en el hogar. Pero brinda sus remedios y los cobra bien.

Algunas veces, Carmen, “La Pichona”, tiene éxitos que se pregonan mucho y que aumentan sus ganancias. Como aquella vez que acertó al recomendar las cuatro cifras del segundo premio; cuando anunció la boda de la solterona Williamson por medio de la quiromancia, y cuando devolvió el reposo a dos mujeres casadas que no podían hallar explicación decente para su estado de gravidez. Pero hay mucha competencia en todas las profesiones, y hasta en estas cosas se impone la moda. La clientela fué mermando, sobre todo la de abundantes recursos, y Carmen, “La Pichona”, se ve reducida a pronosticar sorteos que nunca se cumplen y a ofre-

cer, de vez en cuando, remedios ineficaces para que los hombres sientan otra vez inclinación por sus esposas.

Carmen, "La Pichona", ha tenido que mudarse; esta vez hacia el Chorrillo, porque los ingresos menguan y las prendas conservadas empezaron a desaparecer. Las de pollera fueron las últimas; hasta las peinetas de balcón y las mosquetas. Y hay otra mudanza. Carmen va un día a ver el nuevo cuarto porque se lo recomienda Tina, la nicaraguense, que está triste y preocupada porque el gringo la dejó. Tina la visita mucho porque la infidelidad del gringo ha roto unas perspectivas que quiere recobrar. El gringo le puso un cuarto muy bien arreglado. Era un gringo, como muchos. Alto, gordo, muy sanguíneo, con mucho dinero y afición al trago. Iba a verla siempre por las noches y Tina lo complacía. Por eso le brindaba siempre una botella de whisky. El gringo la abrazaba y se emborrachaba pronto. Luego, se dormía un rato. Entonces, Tina buscaba apresurada la cartera y le extraía unos dólares. Pocos, para que no se diera cuenta. Cinco, o seis, cada vez, a pesar de que tenía muchos. Eran dólares que Tina atesoraba para remitir a Nicaragua. Porque en Nicaragua había que abonar los plazos

de la casa; de una casa de dos apartamentos que pagaba con su esfuerzo. Los dólares del gringo; los que le robaba; los que él le daba voluntariamente, y los que podía ganar por ahí, porque la casa de Managua costaba muchos córdobas. Pero, un día, el gringo desapareció, y tardó varias semanas en volver a verlo. Lo encontró en "La Ranita" en tratos con una chola jovencita. El gringo no estaba enojado y hasta le brindó unos tragos, y se rió mucho de las cosas que Tina le decía; pero no volvió. Y Tina quería recobrar al gringo, porque hay otras mujeres, como ella, que consiguen arreglar las cosas. Alguien le dijo que hablara con Carmen, y fue a buscarla hasta el Chorrillo. Porque Tina ya no pretende volver a ser artista, no pretende que la contraten otra vez en el cabaret, ni siquiera como alternadora, porque no le quedan vestidos de noche. Tina sólo aspira a recobrar al gringo, con su cartera y sus dólares. Y por eso va a buscar a Carmen, "La Pichona". Pero aunque las oraciones cabalísticas y los amuletos y el retrato con los alfileres no dieron resultado alguno, "La Pichona" ofreció a Tina algunas relaciones provechosas. Don Fico, el diputado, que daba muchas fiestas para los amigos; Don Benito, el del Mercado, y otros. Y Tina es agradecida y se resigna con su suerte.

LA CALLE OSCURA

También se resignó cuando en el cabaret no quisieron renovarle el contrato. Sí. Tina es agradecida y, como además, quiere tener cerca a "La Pichona", le habla de aquel cuarto vacío.

A Carmen, "La Pichona", le desagradó la calle; angosta, sucia, oscura. Oscura, sobre todo, en aquella tarde lluviosa que fue con Tina para ver el cuarto. Pero era barato y tenía dos piezas, en esquina, al lado del callejón del patio. Y un día, un carretillero hizo la mudanza en dos viajes, porque a Carmen le quedaban pocas cosas. La cama, el colchón, un catre, la mesita, el radio, cuatro sillas mecedoras y un espejo. Poca cosa. Lo de más valor, como frascos y algunos recuerdos, lo llevó Carmen en una maleta y en dos cartuchos grandes arrugados. Tina la ayudó también.

Carmen necesita conservar sus relaciones v

—Cuando tengas algo bueno, Carmen. Cuando tengas algo que merezca la pena.

“La Pichona” hace inventario, porque Don Benito es generoso. Pero Don Benito ya se está poniendo viejo y ahora es mucho más exigente. Tiene que hacer algo, y tiene que hacerlo pronto. La última vez que le vió, le regaló un peso nada más, para los chances. Y Don Fico suele ser tacaño y el señor Metall ya no la llama, porque ahora no la necesita.

Carmen piensa muy aprisa, porque empieza a necesitar plata con urgencia. Hace más de un mes que sólo vende unguentos y jarabes, porque un aborto que iba a hacer se lo quitó Tomasa por envidia, al mandar a la muchacha y a su novio en otra dirección. Tomasa vive alerta protegiendo a su hija Herminia. Y Tomasa no ignora que “La Pichona” le ofreció mujeres al señor Metall. Y el señor Metall está muy contento con Herminia. Le paga buen sueldo por vender seguros y además, le hace regalos. Pero lo que trama “La Pichona” es peligroso y Tomasa la hostiliza. Por eso le quitó el negocio aquel, recomendando a la costarricense.

A la hora de la siesta, Carmen, "La Pichona", se siente iluminada por una inspiración súbita. Domina su impaciencia hasta las seis, que es la hora de llamar a Don Benito, cuando el recado no es urgente, y entonces corre a la abarrotería dejando en la recámara con los naipes tendidos, a una joven empleada desdeñada por el jefe.

La conversación es breve, aún cuando "La Pichona" intenta ponderar su oferta. Don Benito quiere usar sus ojos antes de celebrar compromisos, y la cita se concierta.

—Mañana la llevaré al "Edison"... A la tanda de siete. No deje de estar allí. Va a ver... Le digo que... Pero yo quiero saber antes lo que dice usted, porque ella no está en esto. Le aseguro que...

Don Benito corta, porque está ocupado haciendo cuentas y quiere saber sus ganancias.

—Está bien... Como a las nueve, entonces... yo pasaré por allí.

—Sí. Usted puede acercarse a conversar... Ya va a ver... Me va a decir...

Don Benito estaciona su auto cerca del Cuartel central de bomberos y mira su reloj. Aún

falta media hora para que salgan del cine, pero la curiosidad le ha hecho anticiparse un poco. Carmen sabe lo que hace. Don Benito entra en la cantina más cercana y pide que le sirvan un coñac. Don Benito no es aficionado a la bebida; pero tiene dos cantinas y le gusta observar el negocio de sus competidores. Mentalmente calcula los gastos de alquiler, de personal... Don Benito tiene dos cantinas y podría tener otra. El coñac le sienta bien, porque está la noche fresca y hay mucha humedad.

Los anuncios de neón ponen en la calle resplandores lívidos y Don Benito piensa que aquella luz es engañosa. Si llegan, mejor mira a la mujer en otra parte.

Del cine sale alguna gente y el encuentro parece natural. Carmen, "La Pichona", muy contenta, hace las presentaciones.

—¿Cómo le va, Don Benito...? Tanto tiempo de no verlo. ¿Qué se ha hecho...? ¿Conoce a esta chica... una vecina...? Rosa. Rosa Suárez.

—Mucho gusto, señorita.

—Señora. Estoy casada. Gracias; el gusto es mío.

La sequedad de Rosa, seria, casi huraña, desconcierta un poco a Don Benito; pero quiere examinarla bien. Además, piensa que hay mujeres que les gusta ser así, al principio, para valorarse más.

—¿Vamos a tomar algo a alguna parte, o tienen apuro? Un helado, o algo así.

Rosa ofrece una disculpa, aunque el helado la seduce. Tal vez se atrevería a pedir antes un bocadillo de jamón... con pan tostado, y mostaza y mantequilla.

—No me atrevo, Carmen. Usted sabe... la chiquilla...

Interviene Don Benito.

—¿Tiene usted una niña...? ¿Está enferma, acaso...?

—Unos granitos... pero la mortifican mucho.

Ya empezaron a marchar hacia la refresquería. Hay una mesa libre debajo de una luz muy fuerte. Alrededor se habla mucho y se discute de caballos y beisbol, mientras se beben chichas y refrescos.

—¿Qué quieren tomar?

Rosa se decide por el sandwich y por un helado de vainilla en copa. Carmen pide leche de coco y Don Benito un té.

Don Benito observa atento y cambia con Carmen miradas de complicidad. Rosa se ha vestido bien. Escotada, con el busto evidente, y el cabello recogido alto, es una mujer hermosa. Hince en las tostadas los dientes, iguales y blancos, y se limpia los labios con la punta de la lengua antes de usar la servilleta de papel. Don Benito observa las manos de Rosa, manos de mucho trabajo, de uñas carcomidas y dedos rajados, y desvía la mirada hacia los brazos. Son brazos redondos, firmes. La piel, tersa y suave, y el color como del agua cuando el té empieza a teñirla.

Carmen, "La Pichona", observa satisfecha el mirar de Don Benito y hace planes inmediatos. Don Benito se levanta, paga y se despide con frases corteses.

—He tenido un gran placer. Espero que volveremos a vernos. Bueno, Carmen...

Rosa sonríe agradecida. Un bocadillo y un helado de vainilla en copa, son catorce reales todo. Don Benito ha dado, además, tres de propina. Y fuma unos cigarros que huelen muy

bien y tiene una sortija con un brillante grande y una guayabera blanca muy limpia y planchada.

El regreso hacia la casa es propicio para las confidencias.

—Es muy bueno, Don Benito... Muy bueno, y muy desgraciado, a pesar de su plata. Porque tiene plata en pila... Ganado en el interior, varios puestos de carne en el Mercado y... yo no sé cuántas cantinas... Mucha plata, mucha... Está casado, sí; pero no se lleva con la esposa. Viven en la misma casa, pero están separados hace tiempo... ¡Más bueno, Don Benito...! ¡Y generoso...! Yo le debo muchos favores... Si no fuera por él... ¡Pobre...! ¡Tan desgraciado...!

Don Benito está impaciente. El recuerdo de Rosa le persigue. Los brazos, el escote y, sobre todo, el gesto de la lengua limpiándose los labios, y los dientes blancos, y la boca fresca. Don Benito está impaciente y llama por teléfono a la abarrotería. Carmen le dió el número; pero Carmen no acude a la llamada. Carmen sabe hacer las cosas y manda contestar que no estaba en su casa. De este modo, en la incertidumbre, el interés de Don Benito aumentará. Por la tarde llama ella.

Don Benito está nervioso y quiere apresurar las cosas.

—¿Cuándo, pues?

—Tenga calma, Don Benito y déjemelo a mí. Ya le dije... Esta muchacha es algo especial... Tiene a su marido... Ella es muy decente... Yo no iba a hablarle a usted de algo que no fuera, así, muy... para usted...

El carnicero se desasosiega con tanta palabrería y quiere concretar; pero Carmen, "La Pichona", sólo responde evasivas.

—Yo le dije, Don Benito, que quería que usted la viera antes para ver qué pensaba... Ahora, ya sé que le gusta... Pero, déjeme explicarle... Por teléfono no es fácil.

—Bueno. Ven mañana al Mercado... Ven pronto.

Don Benito vende carne y compra carne. Viva, o muerta; para él es lo mismo. La muerta le da dinero y la viva se lo cuesta. A veces, mucho. Como la cubana aquella que encontró en el "Venecia" y que le pidió cincuenta balboas. Cincuenta balboas, y no valía ni cinco... Don Benito es carnicero y sabe de estas cosas. Rosa es diferente. Rosa sí los vale; y mucho más.

Al lado de la mesa de mármol, donde hay hígado, riñones y costillas de res, "La Pichona" platica con Don Benito.

—Yo sabía que le iba a gustar la muchacha, Don Benito; yo sabía. Pero esto no es así, como otras veces. Ella tiene a su marido, ya le dije, y es muy seria y muy formal. Yo voy a hablar con ella; ya usted sabe mi interés... Andan siempre mal de plata, y como ella es joven y bonita... pues, por ahí voy a tratarla. Y usted tiene que ayudarme, Don Benito... Ya sabe que yo, ahora... como están las cosas...

—Está bien, pero apúrate. Yo no voy a estarme aquí esperando un año...

Don Benito maniobra en la registradora y entrega a Carmen dos billetes.

—Dale alguna cosa... regálale algo... Y llévate para un tasajo. Y avísame en seguida, cuando lo hayas arreglado todo. Pero, pronto... pronto...

—Hay que andar con cuidado... El marido...

—¡Ah! Verdad. ¿Qué hace el marido?

—Es chivero. Es un mozo bien plantado, chiricano... Simpático, el hombre...

Don Benito tuerce el gesto. Lo de chiricano y lo de chivero no parece buen augurio, y Carmen se arrepiente por haber presentado de una vez todas las dificultades.

—Pero, no se preocupe, Don Benito, que yo sé bien lo que hay que hacer. ¿Usted tiene todavía la casita aquella por los lados de Paitilla?

—Sí, sí. Eso no es problema. Todo depende de ti, así que apúrate.

Carmen, "La Pichona", piensa muy despacio antes de iniciar su plan. Algo tiene adelantado, porque Rosa parece estimarla. La visita con frecuencia para oír la radio, como hacen otras vecinas, y siempre le agradece mucho las devoluciones abundantes de cosas prestadas. Carmen nunca había pensado en Rosa para ofrecérsela a nadie, porque Pancho le infunde temor. Pero siempre había procurado tenerla bajo su influencia. Por eso le pedía manteca, o sal, o azúcar, aunque no lo necesitara. Era un buen pretexto para subir y conversar un rato. Luego, al devolvérselo, hablaban otra vez. Hablaban de los granos de la niña, de la diarrea del pequeño, de los ataques de Elvia y de la

dificultad de Chana para cobrar las comidas, cuando alguno de aquellos hombres se quedaba sin trabajo. Y, a veces, Rosa le dejaba oír sus quejas. Que Pancho se volvió a jumar, o que con el aguacero de la tarde a Yeyo se le mojaron los periódicos... cosas así.

Carmen, "La Pichona", hace arroz con tasa-jo y sube a invitar a Rosa. Rosa está consternada. Acaba de enterarse de que aquella muchacha chorrerana que vivía con un soldado de Puerto Rico, se tiró por un balcón matándose. Se llamaba Julia, y Rosa la había visto muchas veces. Iba por la noche a la cantina "La Ranita", y tenía dos hijos pequeños. Rosa ha comentado el hecho con Felisa y Chon; pero necesita hablar más de ello. Por eso cuando Carmen llega le acepta la invitación. Rosa está sola con los niños y los acuesta a dormir.

—Qué pena, niña... ¿Y tú... la conocías de allá...?

—¿Cómo no, Carmen...? Casi nos criamos juntas...

—Y... eso... ¿Cómo fué...?

—El hombre la dejaba, al parecer. Y ella se desesperó... Y dos hijos... figúrese.

Carmen, "La Pichona", considera propicio el episodio para hacer algunos comentarios favorables a su plan, que ya maquina.

—La pobre... qué pena... Pero, así son los hombres... Cuando les parece bien, se largan tan frescos. Y luego, una matándose y guardándoles tantas consideraciones. Son todos iguales... No merecen...

—No, Carmen... El muchacho ese era bueno. Al parecer, era que lo trasladaban...

—Bueno... Y qué. ¿Acaso no podía llevarla...? Si era buena para él aquí... Y si la quisiera.. Desengáñate, niña que... es lo que yo te digo...

—Sí. Eso, sí... Es verdad...

Carmen aprovecha la vacilación de Rosa para seguir cercándola con frases. Es la misma red de siempre, sutil, invisible. Pero, al hablar mal de los hombres, Carmen es sincera. Se expresa de ese modo, porque no concibe otro, y el amor es sentimiento que le causa repugnancia y asco.

—Te digo, que son todos iguales... Lo que le pasó a esa, le puede pasar a cualquiera... Los hombres... ven otra mujer que les gusta

más, y nada les importa... Y si una se fregó bien fregada y se llenó de hijos, más pronto es que la dejan. Ellos son así... Están con una, mientras les conviene. Y un día, de repente... Fíjate lo de Tina... la que vive aquí cerca... con su gringo... Y ahora lo de esta... y lo de tantas... Si una se pusiera a contar todas las que se han visto así...

Rosa reflexiona y piensa en Pancho. Piensa que un día llegó tarde y borracho... Y que ese día tenía en la boca y en la cara manchas de lápiz labial, y que le olía el cuerpo a perfume... ¿Podría dejarla Pancho? ¿Podría marcharse un día, dejándola así, sin plata y con tres hijos...?

Carmen sigue hablando.

—... y el tasajo me lo regaló él... y me dió para los chances... Mañana compro y te regalo la mitad... Me preguntó por ti... Le impresionaste mucho... ¡Lo oyeras hablar...!

—¿A quién...?

—¡Niña! No me escuchas. A Don Benito... ¿No te acuerdas? Yo pasé hoy por el Mercado y me llamó. Ya te dije que es muy

bueno... Y me dijo también que si necesitabas algo, que tendría mucho gusto en ayudarte en cualquier cosa. Más bueno, ese señor...

La calle ya está en sueño y la chiva de Pancho no regresa. Y Yeyo tampoco. Rosa vuelve a recordar el colorete y el perfume, y son recuerdos que se enganchan en las palabras de Carmen. "... y cuando les parece bien, se largan, y tan frescos..." ¿Tendría Pancho otra mujer...? La sospecha se desvanece al recordar sus caricias y sus abrazos poderosos; pero a la memoria vuelven las noches de indiferencia muda, de cansancio, desdén y fatiga.

—En este mundo hay que ser lista. Ya ves esa pobre de la Chorrera. Si no se hubiera enamorado de ese tipo... si hubiera tenido cabeza...

—Sí; eso es verdad... no hay duda...

Yeyo entra en el cuarto de manera súbita y Rosa se sorprende.

—¿Llegó ya Pancho?

Yeyo deja caer la noticia en forma concisa. Rosa inquiera más detalles, nerviosa asustada.

—¿Qué fué lo que pasó...? ¿Dónde fué...? ¿Cómo lo supiste? ¡Habla, pues! ¡Dí!

Yeyo trata de tranquilizarla. El atropello no tuvo importancia. Pancho volverá mañana.

Rosa se levanta y se dirige a su cuarto caminando con sus pensamientos. El hombre atropellado... Pancho detenido... las palabras de Carmen... Los niños duermen todavía y Yeyo es silencioso siempre como la sombra de un niño, tan delgado, tan pequeño y tan oscuro. El sueño llega pronto cuando en el cuerpo hay cansancio, y en seguida amanece un nuevo día. El niño pequeño llora porque tiene hambre y la niña mayor se rasca los nacidos bostezando. Yeyo, como siempre, se ha llevado el dinero para los periódicos. A Rosa le queda un balboa.

V

ACABA de sonar el cacho de las doce. El sol enciende todo el horno, e inunda la ciudad de resplandor. Es la hora febril del mediodía, cuando el corazón de Panamá palpita más aprisa. Todos los autobuses están en las calles, juntos, en hileras sin fin, y todos los carros, con las bocinas roncadas y desesperadas. El tránsito se atasca y los guardias gesticulan tocando el silbato. El sol chorrea por todas las fachadas, rebota en los vidrios, en las capotas de los automóviles, y hace correr el sudor por el rostro congestionado de los conductores que avanzan despacio. Todo arde. El pavimento de las calles, las aceras, los guardafangos de los carros y la

visera negra de los guardias. Todos los chiquillos han salido ahora de la escuela con sus libros y sus cartapacios y sus uniformes. Uniformes grises, azules, blancos, crema. Detrás, van las maestras. Los guardias vuelven a detener los carros y los choferes se impacientan, porque algunos radiadores echan humo. El calor es sofocante. Ha sonado el cacho de las doce y hay en toda la ciudad como una repentina prisa colectiva por llegar a un refugio.

—“La Hora”... “L’Hora”...

Corren por la Avenida Central. Corren por Bellavista. Por los barrios todos. Por el Malecón. Por Vista del Mar. En una esquina cualquiera acaban de llegar dos bicicletas colmadas de periódicos. Hay una repentina concentración de vendedores; un racimo apretado de cabezas negras y rizosas, que se esparce en seguida por las calles próximas. Entran en las casas; entran en las tiendas, en las oficinas y en los hospitales. No preguntan nada, ni ofrecen con el gesto. Depositán el periódico, sencillamente, encima de una mesa y siguen su recorrido. Después, regresan recogiendo el real.

—“L’Hora”... “L’Hora”...

El pequeño periódico entra en todas partes como un viento fresco, que mitigara el calor. Entra por las ventanillas de los carros que esperan frenados, o sube hasta los pisos altos en un cestito que ha sido descolgado hasta la calle.

—“L’Hora”...

Es el periódico para el momento. Para el momento de la prisa; con informaciones concentradas, como en píldoras, con un fuerte sabor a noticia. Se lee con una mano, mientras se espera que el semáforo cambie de luces; se lee mientras se come una empanada; se lee en el autobús. Se lee en medio de la urgencia por llegar a alguna parte, porque ha sonado el cacho de las doce; ese cacho que estalla breve sobre la ciudad, como un aviso de alarma, que hace a todos prender los motores para la fuga preparada.

César camina contento. El brazo, bajo la costra dura del yeso, le molesta un poco; sobre todo, la picazón. Pero el brazo aquel ha empezado a ser suyo otra vez y le reconcilia con la vida y consigo mismo. Además, ha logrado que pongan en libertad a Pancho, el hombre de la chiva.

—Señor Juez... Arreglemos esto cuanto antes. Toda la culpa fué mía. No sé lo que pasó; pero no importa. Tal vez yo estaba en tragos; tal vez quise suicidarme... tal vez era necesario que yo sufriera un accidente para...

—Pero, aquí consta en la declaración que...

—Por favor, señor Juez... ¿Qué más quiere que le diga? Acepto toda la responsabilidad, si es que hay alguna por dejarse atropellar. Lo que quiero es que no molesten más a este ciudadano, que seguramente tiene gana de ver a su familia y de salir en su chiva a trabajar, como Dios manda.

—Sin embargo...

—He venido aquí tan pronto como me ha sido posible, para cumplir con mi conciencia. Quiero que dejen en libertad a este hombre... Fuí yo quien atropelló a la chiva; así, que ya sabe...

El Juez se encoge de hombros; mira sobre los anteojos aquel caso insólito y mira a Pancho que también está un poco asombrado. Luego, es el final.

—Bueno... Firme aquí...

César firma y sale en compañía de Pancho.

—Muchas gracias, señor. La verdad es que no sé cómo agradecerle...

—No se preocupe. Todavía no sabemos si soy yo el que tiene que agradecerle a usted... Sí. No se asombre... Hoy para mí es un día distinto... He podido salir de la rutina... He podido hacerle a usted un favor, y hacerme a mí mismo... He podido ser útil y conozco nuevas sensaciones...

—¿Tiene carro? ¿Quiere que lo lleve a alguna parte...? Yo tengo ahí la chiva...

—No. No tengo carro. Puede usted dejarme... por ahí cerca en la Central... No importa. Déjeme donde quiera... Siga... Yo le aviso...

César se siente humilde; ennoblecido. Y quiere que Pancho sepa la gestión del niño. No puede retener nada; ocultar algo y aparecer, sin serlo, más digno ante aquel hombre de espaldas robustas y melena recia que maneja atento a los detalles todos de la ruta. Si no lo dijera, Pancho podría suponer que su gesto, al defenderlo, había sido puro y espontáneo.

—Su niño fue a verme. Fue a verme al hospital...

—¿Yeyo...?

—¿Se llama Yeyo? No lo sabía... Sí. Fue a verme para hablar conmigo. Al parecer, tenía miedo de que yo pudiera declarar en contra suya. Debe quererle mucho. Le felicito por tener un hijo así. Déjeme por ahí, en cualquier parte. Tome.

Pancho quiere rechazar el real, pero lo coje sin atreverse a protestar del gesto.

—Bueno, señor. Otra vez le repito... Muchas gracias... Si algo se le ofrece...

—Digo lo mismo. Que le vaya bien... y tenga cuidado. Si quiere atropellar a alguien otra vez, elija antes...

La risa de los dos rubrica la despedida. Pancho va pensando que aquel señor es un gran tipo, aunque diga algunas cosas que él no entiende bien. Luego piensa en Yeyo y se emociona un poco, porque la gratitud siempre reblandece algo.

César necesita ahora hablar con Celia. Necesita contarle lo ocurrido, y decirle que el hombre de la chiva anda por la calle en libertad.

¿En libertad...? ¿Hay alguien libre, en este mundo? ¿Libre de sus quehaceres, de sus ideas, de sus prejuicios, de su dinero? Celia es libre; él es libre y... sin embargo... Pero, al menos existe una libertad; una libertad, que no tienen otros muchos hombres. Y también una libertad que Pancho está disfrutando ahora, saboreándola como una cosa nueva.

—¿No está?

Es natural que Celia no esté ahora en el periódico. Volverá a llamarla luego. Entre tanto bien merece un trago. Con tanto calor... Irá a "La Ranita", pues tal vez esté Tallín pintando aquellos murales que Ignacio le encargó para cobrar así lo que el pintor le debe. Además, que Ignacio es un hombre interesante, porque es un hombre disfrazado. Disfrazado de animal feroz. Ignacio sabe utilizar bien las cejas, tan espesas; la nariz, tan prominente y la voz sonora y grave, y su estatura, casi gigantesca. Pero César sabe que Ignacio es un sentimental; un hombre sencillo que vive pensando en el mar, enamorado de sus ondas y de su fragancia, porque fué por muchos años marinero. Y, a veces, Ignacio dice cosas; refiere episodios de su vida náutica, siempre de cara a la verdad. Las dice, sobre

todo, en las mañanas cuando hay pocos clientes y no hay cholas ni gringos. Si Ignacio no fuera un sentimental, no habría encargado a Tallín los murales ni se pasaría tantas horas leyendo novelas. Unos murales de marinas, con rocas, sirenas y barcos veleros, que el viejo cantinero vasco contempla absorto, en éxtasis, con los codos apoyados en el mostrador y el pensamiento sabe Dios en qué aventura, o en qué puerto lejano. Porque Ignacio nació marinero, allá en un pueblo del Cantábrico, un pueblo de pescadores, que se llama Lequétio. Hay una ensenada muy pequeña y muchas redes colgadas a secar y mujeres con zuecos que huelen a pescado fresco. Mucho antes del alba, después de la Misa, van saliendo al mar los hombres a pescar anchoa, sardina y bonito. Los de las anchoas regresan muy pronto; pero las boniteras tardan más. A veces, varios días. Y las de la merluza, igual, aunque sea la costera. Pero otros buscan bacalao y llegan hasta Irlanda y hasta Escocia, en aquellos barcos tan débiles y tan pequeños. Casi siempre regresan. Casi siempre. Porque, a veces, en el Cantábrico hay olas imponentes, con un viento rabioso y cielo encapotado, que alza las crestas de espuma por encima de los palos de todas las embarcaciones. Le llaman

galerna. Y la galerna aplasta los barcos de los pescadores con su puño enfurecido, los tritura, arrojando después a las playas algunos trozos de madera y un cadáver magullado, informe. Cuando la galerna, las mujeres rezan y se prenden cirios en la iglesia, mientras en la rada se agitan las lanchas en la lluvia como potros asustados, y detrás del espigón el mar lanza sus bramidos.

Un día Ignacio quedó huérfano y se vió en Bilbao a bordo de un buque de carga. Mineral de hierro para los ingleses, que los ingleses pagan mal, y que luego venden caro transformado en máquinas. Y así un día y otro día, con el mar en calma y mucho sol; con noches de lluvia y de tormenta en que la sirena muge sin cesar avisando en las tinieblas la presencia del peligro. Y otro día, Ignacio se mudó a otro barco. La mudanza es fácil, porque todas las pertenencias de un marino caben en un saco. Litera mayor, y mayor sueldo. La ruta de Australia. Y después otros barcos y otros cielos, navegando por los siete mares. Ignacio, aficionado a la cocina y a los guisos suculentos, experimentó en todas las ollas y probó todos los sabores; el sabor que dan los puertos y la presencia de mujeres extrañas. Ya

Lequítio era como un punto lejano y sin contornos en el torbellino enloquecido del recuerdo. Sidney... Rotterdam... Vancouver... Yokohama... Suez... Puertos, y más puertos. Hasta el naufragio, dos noches después de zarpar de Manila. La carga en mala estiba... Lo que pasa, a veces. Y el oleaje, demasiado fuerte. Fueron horas de lucha heroica, desesperada; pero el mar fué vencedor. Ignacio y otros marineros, heridos, hambrientos, quedaron a la deriva en un bote pequeño colmado de ansiedad, de sueño y sed, hasta que un barco los rescató. Un barco con una alegre bandera de dos cuadros y dos estrellas. Y entonces Ignacio decidió quedarse en Panamá y tener más fe que nunca, porque en el bote rezó mucho.

Ignacio trabajó de cocinero varios meses. Era un cocinero que no podía desarrollar nunca sus muchas habilidades; pero que auxiliaba eficazmente al dueño de aquel modesto restaurante, vasco, como él. Vasco, pero de tierra adentro, de una tierra muy verde y muy quebrada a la que un día decidió volver. Ignacio se vió dueño de aquel restaurante de heterogénea clientela en que se mezclaban los noctámbulos con los madrugadores. Pero se sentía

cansado del tufo de la manteca, del calor de las pailas y del penetrante olor de la cebolla picada para los hamburgos. Y decidió vender aquel negocio y comprar a Anselmo la cantina que le había ofrecido varias veces. Es más limpio, en apariencia, aunque aquello de las cholas y de los soldados gringos le parezca repugnante; pero se acostumbra pronto y tiene la conciencia limpia. Ahora, vive en Vista Hermosa en la casa de un gallego carpintero que se casó con una colonense, y este matrimonio lo trata muy bien. Ignacio puede hasta cuidar su ciática y poner en orden sus recuerdos. Tiene tiempo también para leer novelas de aventuras y para mirar el mar, aunque cuando lo mira por allá por Panamá Viejo, tan triste, ahogado en lama, le da mucha lástima. Pero cuando hay aguaje va a mirar el Malecón y, a veces, se moja y esto le hace daño. También lee todas las mañanas en "La Estrella" la hora de las mareas y cuando son propicias, camina muy temprano hasta la plaza de Francia para ver las olas golpear contra la muralla y reventar en las rocas. Y esto lo sabe César, y lo sabe Tallín, que acaba de llegar a "La Kanita" y busca sus pinceles y prepara la escalera.

—Esa mar está muy quieta. Tienes que ponerle olas más grandes, ya te dije...

—Pero, Ignacio... Con esa perspectiva que tú quieres, si le pongo olas muy grandes...

—Pues cambia la perspectiva. Cambia lo que quieras. No tienes prisa. Llevas pintando varios meses, ya puedes tardar otros tantos. Lo que yo te digo es que eso me parece un charco. La mar...

Ignacio siempre habla de la mar en femenino, y tiene para ella una ternura infinita. Pero es el mar de las galernas, el mar con la fugaz espuma de la cólera, el mar de los siniestros.

Tallín invoca diversas razones de carácter técnico, pero Ignacio no se deja convencer.

—No, no. Te digo... Nunca has visto la mar como es... Hay que pintar las cosas como son.

—¿Cómo van las tempestades?

La puerta se acaba de abrir dejando paso a un breve resplandor, como un relámpago, y a la silueta de César, que llega jovial.

—¿Por qué quieres esos mares agitados, Ignacio? ¿No ves que los clientes se van a marear sólo de verlos?

Ignacio sonríe. Ignacio sonríe ante todo lo que César dice, y se acuerda de Don Chú, que no tardará en llegar.

César se ha instalado en una mesa y contempla los murales. Siguen como siempre. Tallín pinta despacio en la cantina, porque en la cantina toma tragos y cuando se emborracha un poco, le gusta contar su amargura. En cambio, cuando no ha bebido, arruga el gesto y calla. Entonces tiene una expresión hermética y ceñuda, como cerrada con doble candado.

Ignacio se siente feliz y ordena a Emilia, la cajera, que les sirva whisky y soda. Luego, invita a Tallín.

—Tómate algo antes, para que te inspires.

César corrobora.

—Claro... Ese oleaje apocalíptico que quiere Ignacio, sólo se puede pintar sintiéndolo en el estómago. Tendrás que amarrarte a la escalera para no caer.

Emilia ha colocado la bebida encima de la

mesa y ahora se distrae con dos cholas que entran juntas y empiezan a conversar. Comentan el suicidio de Julia, la joven chorrerana.

—Tú sabes, que yo creo que...

—Ella me dijo a mí el otro día...

—Pero, si él...

—No, niña...

—¿Desde cuándo, ah?

—¡Cómo va a ser...!

—¡Yo te digo que él...!

La conversación llega trunca. Las cholas sienten algo la emoción del drama y han corrido a la cantina al levantarse, por si Emilia sabe más detalles.

Informado del suceso, César insinúa un comentario.

—Ese suicidio... Las cholas son muy románticas. Y como no hablan casi nunca de sus cosas, quizá muchos piensan que...

Ignacio corta bruscamente la iniciada digresión.

—La borrachera. Nada más que eso. Aquí estuvieron bebiendo ella y el soldado como si fueran animales.

Tallín dispara la protesta.

—¿Cuándo has visto tú beber a los animales aguardiente? Esto es un invento humano; el más humano de todos, seguramente. No lo dudes.

La observación del pintor hace suponer a César que las rejas del artista se empiezan a abrir, como si el alcohol ablandara los cerrojos.

Delante de “La Ranita” se acaba de detener la sombra larga de un camión de la Cervecería. Entra el vendedor seguido de dos ayudantes que empiezan a hacer ruido revolviendo cajas y botellas vacías. Ignacio se levanta para hacer el pedido y comprobar las cuentas.

—¿Cuántas quieres?

—Cuatro cajas grandes y ocho chicas.

—¿Y sodas..?

—Todavía me queda algo... Dame cuatro simple y dos de *ginger ale*... y algo de dulce también. Naranja y uva y dos docenas de *root beer*.

Al lado del mostrador Ignacio y el vendedor hacen números, sacan cuentas y cambian papeles. Ignacio paga con varios billetes, unos cuantos chances y dos o tres cheques. Llega un cobrador, que espera. Las cholas y Emilia se han ido hasta un rincón, donde conversan mucho con las manos. Una de ellas fuma y tose y la otra se rasca la cabeza con gesto de preocupación. La muerte de Julia no ha llegado a consternarlas y buscan con afán perfiles trágicos. Tallín bebe otra vez, silencioso, y mira el último mural que oculta en parte la escalera.

—Tener que pintar eso...

—¿Por qué lo haces...?

César se siente animado y optimista, y quiere transmitir su impulso. Otras veces ha tratado de lograr que Tallín vuelva a pintar; que regrese a su paleta y a su caballete; pero sus propias palabras le sonaban falsas, desvaídas, chatas. No podía aconsejar a otro lo que él mismo no lograba hacer, porque su libro yacía allí, en la gaveta, abandonado, solo, con una página truncada. Pero ahora, es muy distinto. Tiene un brazo envuelto en yeso, como el brazo de un guerrero que perdiera la mitad de la

armadura, y un extraño cosquilleo que, a veces, le desespera. Pero está feliz. Tiene varios días de ociosidad asegurada en el periódico, y ahora sabe, con certeza, que va a hacer su novela. Se lo dice así su brazo roto, porque pudo huir de la fiesta de Fico; porque acaba de poner en libertad a un hombre, y porque esta tarde verá a Celia. Ahora tiene fuerza y quiere comunicarla al pintor que está sentado allí, a su lado, con el gesto adusto y bebiendo en silencio.

—Si no te gusta, déjalo. Por Ignacio no lo hagas.

—Le debo mucha plata.

—¿Tú crees, de verdad, que eso le importa?

—Me dijo que lo pintara. Yo sé que lo quiere. Quiere un mar a su manera.

—Sí; lo quiere. No hay duda. Pero, en todo caso, ya está. Puedes acabar en un momento. Para ti, eso no es problema.

—No es problema, porque no es pintura. Si lo fuera... La pintura no tiene solución.

—Al menos, mientras no se pinta. No tendrá solución la pintura, como no la tiene la

música, o la poesía; ya me entiendes. Pero tiene solución un cuadro, y un poema y un preludio, o una sinfonía.

—Sí, pero...

—A mí no puedes engañarme. Todo lo que dices; lo que dices hoy y lo que dices siempre, son pretextos que tú mismo buscas con afán para justificarte. Pero, no lo logras. No puedes engañarme a mí, porque no te engañas a ti mismo. Tú eres pintor, óyelo bien. Y mientras huyas de las telas y huyas del color...

—No huyo, te lo aseguro. Es que, sencillamente, no puedo pintar. Si pudiera...

—Tienes que intentarlo... Hay que comenzar de nuevo. Otra vez, y las veces que haga falta.

César encuentra en su propia experiencia argumentos abundantes. Un cuadro... una melodía... una novela... ¿Qué más da? Todo es creación. Sobre todo, la pintura de Tallín, que no copia objetos, cosas; que es pura emoción cromática. Por eso sigue hablando con énfasis, con entusiasmo.

—Sí. Hay que comenzar. Un cuadro es... tiene que ser, algo como un libro, como un poema. Es difícil empezar; es difícil seguir. El cuadro pesa, resulta abrumador, y la tentación de abandonarlo se repite muchas veces. Dejar el cuadro, dejar las cuartillas, dejar los colores; dejarlo todo, para siempre, porque el ideal, la perfección, resulta inaccesible. Pero, hay que seguir; luchando contra todo, contra la fatiga y la desesperanza; contra uno mismo, contra el propio abatimiento. Y hay entonces un momento; un momento cualquiera, en que el cuadro ya no pesa, en que la novela sin terminar no es carga insostenible; en que la obra comenzada tira de nosotros con tremenda fuerza reclamando la atención constante. Hay que empezar... hay que seguir. Por eso tú debes volver a la pintura... y yo a mis cuartillas...

Tallín ha escuchado sin dejar de beber. Bebe con calma; a pequeños sorbos mirando muy fijo el fondo del vaso y observando detenidamente las manchas de luz quebrarse sobre el hielo.

—Todo eso es verdad. Pero... ¿para qué? ¿Para qué sirve la pintura, y para qué sirve

el arte? ¿A quién le importa? ¿A quién le interesa...? ¿A quién?

—A tí. A tí mismo. A tí... y a tus fantasmas...

—¡Los fantasmas...! ¿Crees que no los siento? ¿Crees que no me asaltan, que no me atormentan...?

—Lo creo, sí. Y por eso te digo que huyes.

Tallín ha golpeado la superficie de la mesa con su vaso vacío.

—No hables así. Tú bien sabes lo que pasa... Hubo un tiempo en que creí; en que tuve fe en mí mismo, y fe en los demás. La he perdido. La he perdido para siempre. No puedo pintar; no quiero hacerlo, si prefieres que te hable así. No puedo. Después de tener que hacer dibujos comerciales, de andar por los andamios pintando carteles que anuncian cigarrillos, automóviles y hasta leche en polvo; después de todo eso...

César siente vacilar sus convicciones de un minuto antes. También él ha sentido eso muchas veces. Lo ha sentido siempre. Pero, piensa que ya está curado. ¿Qué significa el brazo roto, entonces? ¿No salió de la fiesta solo,

con una firme decisión ya hecha? ¿No habría llegado a su casa aquella noche para empezar a escribir, de no haber sido por el accidente? Sí. Esos sentimientos de derrota, de pesadumbre, de renunciamiento, pueden ser vencidos. ¿Que lo ha decidido a él? ¿Celia...? No. No es Celia... Ni Silvia... Es él mismo. Todos llevamos nuestra salvación en un rincón de la conciencia. César gana nuevo ímpetu, pero Tallín sigue hablando.

—¿... quieres tú que me sienta limpio otra vez, con el alma ingravida para acercarme al color...? ¿Al color, que es lo más puro que existe, porque Dios lo ha creado y el hombre no lo pudo nunca adulterar con su maldad?

—También la palabra...

—¡No! ¡La palabra, no! La palabra no es de origen divino, sino humano. A lo sumo, Dios le ha otorgado al hombre la facultad de hablar; pero no la palabra. Y... ya ves para qué sirve. Al lado de un poema hermoso, de una frase bella... cuántas infamias, cuántas mentiras y falsedades...

—También el color ha sido adulterado, entonces. La pintura ha servido muchas veces para fines innobles...

—La pintura... lo que tú llamas la pintura, tal vez. Pero, el color no. El color tiene hoy la misma pureza, la misma transparencia limpia que el día de la Creación. El hombre sólo puede combinarlo... Y esos fines de que hablas... con la complicidad del dibujo, únicamente. El color solo, como yo lo concibo, como yo lo veo... ¡Jamás! Por eso yo... Es inútil... ya no puedo. Tengo que pintar... eso... las marinas de Ignacio... letras, carros... y cosas así. Tengo que pintar... lo que no es pintura...

César no sabe qué decir; pero sabe que tiene que decir algo. Si vacila, si se confiesa convencido, Tallín seguirá hundido. Y él también. Tienen que salvarse ambos de un agobio semejante. Por eso César insiste, tratando de agrupar los argumentos.

—Comprendo todo eso, que no son más que frases... Todas las palabras juntas no sirven para expresar una idea. Pero estás equivocado. Y sólo podrás ver la verdad, que llevas en ti mismo, oculta, volviendo a contemplarte a través de la pintura; de tu pintura. Sólo cuando te veas reflejado allí, en el cuadro, donde no puedes engañarte...

—Pero... Es inútil... Lo he intentado muchas veces. Si lo intentara de nuevo... No es posible...

Parece que la resistencia de Tallín, la resistencia íntima, que se obstina en negar, empieza a quebrantarse.

—Tienes que hacer frente a la verdad. Basta ya de hacerle quiebro, porque la verdad te busca. Es tu vocación. Tienes que pintar. ¡Pinta! Pinta para ti, y olvídate de los demás. Eso no importa. No importa nada. Pinta sólo para ti, y si fracasas, si fracasas ante tí mismo, entonces serás otro. Y entonces podrás hacer tus letras y tus carteles y las marinas de Ignacio con resignación y hasta con alegría. Pero, tienes que encontrar antes la verdad, mirándola a la cara. Y la verdad, tu verdad, está en las telas, lo mismo que la mía ha de estar en las cuartillas.

—Es terrible... si tú supieras... Es algo... es desesperante.

—Ya lo sé. Nada nuevo me puedes decir... Tus telas blancas, que no dicen nada. Y mis cuartillas, así; lo mismo. Las gavetas llenas de proyectos, de cuentos comenzados, de novelas muertas; lo mismo que tus bocetos. Pero,

en esas manchas de color, o en unas frases, puede estar lo que buscamos. Y luego, al sentir...

—¿Y por qué no escribes tú...? Porque las cosas que escribes, que tienes que escribir, ya lo sé, es algo como mis carteles; como estas marinas. Te oí decir muchas veces, que tú también...

—Sí. No lo niego. Pero, ahora estoy decidido. No creas que lo que te he dicho...

La cantina se empieza a poblar de soldados y marinos y las cholos dan vueltas entre los clientes sin muchas esperanzas, porque es temprano todavía. Ignacio, desde su elevado asiento, observa a sus amigos y ordena al camarero que acaba de llegar que les reponga la agotada provisión de hielo y que les envíen unos sandwiches. Ignacio está satisfecho con las pinturas del muro; con la sirena gorda sentada en la roca y con la fragata que navega a todo trapo abriendo las olas con la proa audaz, y piensa en sus años mozos, tan llenos de sol y tan llenos de azul. Con la mano saluda al recién llegado.

—¿Qué tal, Don Chú?

El antiguo cónsul se encamina a la mesa de Tallín y César. Llega algo mojado por la lluvia.

—Van bien las pinturas. Está bonito esto... Me acuerdo que en París había una especie de cantina y restaurante que tenía en las paredes...

César se levanta para llamar de nuevo a Celia, y esta vez la encuentra en la Redacción.

—Bueno... Si quieres, te recojo ahí mismo... En la puerta, claro... Está lloviendo mucho. ¿No te has dado cuenta? ¿O es que estás bebiendo...?

—No. No me he dado cuenta. Es verdad. Estaba hablando con Tallín, de... cosas.

—De pintura, me figuro; de libros...

—Sí; de eso. Te espero, pues.

—Está bien... En quince minutos. ¿Cómo sigue el brazo?

La lluvia cae con violencia y, a pesar de ser temprano, algunos automóviles ya prenden las luces. Entran más marineros y entran más soldados y sobre el mostrador y encima de las mesas brillan las botellas y los vasos. Los dos

camareros van y vienen con premura y Emilia manipula en la máquina registradora. César sonríe al pensar que es bizca, con una bizquera que debía hacerle confundir todas las teclas. César nunca se atreve a mirarle los ojos; tiene miedo de que el estrabismo se contagie o de que aquella mirada pueda trastornarle las ideas, o dejarlo paralítico al querer andar con la pierna que no es.

Tallín y Don Chú siguen conversando. El pintor, algo borracho, habla ahora del Renacimiento y cita algunos nombres. Leonardo, Miguel Angel, Rafael... y se refiere a algunas galerías ilustres y museos.

—... pero, en Florencia...

Florencia... el Arno... El puente Viejo... los Oficios... la plaza de la Señoría... Florencia, es Silvia. César no escucha. Tiene esa marca indeleble; tiene en el alma la mancha verde de los ojos de aquella mujer; sus momentos de entusiasmo y sus melancolías extrañas. Una mujer diferente, oscilando en actitudes irreconciliables, que sólo era fiel a un perfume, y tal vez a una idea. ¿A una idea? ¿Se puede ser fiel a una idea? A una idea fija...

Valery ha dicho que todas las ideas... Valery... Florencia... Silvia... el perfume aquel... ¿Qué había pasado en Florencia...?

—Una vez en Marsella...

—No me hable de Marsella.

—Por favor. Te aseguro que...

Las palabras de Don Chú y las del pintor resbalan sobre César, que vuelve a sentir el pensamiento turbio, abismado en aquel torbellino doloroso cuyo vértice son los ojos de Silvia. No quiere beber más. Lo que necesita es la presencia sedante de Celia. Si no llegara; si no llegara pronto...

César se levanta y se acerca a la puerta. Se para en el umbral y mira hacia la calle. El duro sol del mediodía parece reposar cansado tras las nubes densas de color ceniza que ensombrecen la tarde. La ciudad entera se moja en la lluvia, y el agua corre muy aprisa al lado de las aceras arrastrando desperdicios. Pasan chivas, carros y mucha gente apresurada que trata de protegerse de la lluvia pegándose a las casas. Frente a César, algo lejos, con los contornos borrosos por el velo del agua, Leonidas, el griego de las frutas, se acurruca bajo

el toldo, y algunas billeteras cierran las exhibiciones corriendo en busca de un zaguán propio.

Celia no llega. Pasan carros de todas clases y colores y tamaños. Carros suntuosos, carros pobres, con su carga de años y de suciedad. Suena una bocina, alegre, juvenil, risueña, porque hay bocinas así, como hay otras altaneras, bruscas, insolentes. César adivina a Celia y en seguida ve el carrito claro, pequeño como un juguete, que avanza despacio.

—¿Hace mucho que esperas...? Tuve que demorarme algo, porque llegó un señor...

—No. No mucho.

César necesita serenarse; borrar aquella imagen atormentadora, que tanto se pliega al recuerdo de una falda roja, de un vestido rojo y de una despedida en un carro solitario estacionado en el jardín Balboa. César necesita destruir aquel recuerdo absurdo; pero necesita contemplar a Celia. Mirar su perfil, como está ahora, atenta al timón de su automóvil, con sus pulseras en el brazo, su fina nariz y la sonrisa insinuada.

—Estás poco elocuente hoy.

—Es que...

—Nada, nada. No es reclamo. Si es que estás pensando en tu novela...

César reacciona al golpe inesperado. La novela, otra vez. La fiesta de Fico. El brazo roto. Pancho, el hombre de la chiva... Tallín y todo cuanto hablaron.

—Pensaba en ti.

—Que soy otra especie de novela. ¿No es verdad?

—No sé lo que eres, Celia. No puedo saberlo. Eres un hermoso enigma.

—Ironía tuya... o exceso de imaginación. Bien sabes que yo soy nada más que una mujer sencilla. Ya ves qué fácil es destruir el misterio.

—Una mujer... No. Las mujeres no son como tú. Ninguna. Tú eres diferente. A veces pienso que no existes siquiera; que eres una... abstracción...

—Yo no sé cómo son las otras. Quizá no esté muy segura tampoco de cómo soy yo misma. Sin embargo, creo que te he dicho la verdad. ¿Dónde quieres ir...? ¿A casa...?

—No. Vamos a un jardín. ¿No quieres tomar algo...?

—Bueno... Es temprano todavía. ¿Vamos al Balboa?

—¡Al Balboa, no! Vamos... al Rancho.

César teme que su negativa ha sido demasiado enfática, sobre todo porque Celia es muy sagaz.

—Bien. Al Rancho, pues. ¿Por qué no te gusta el Balboa? ¿Tienes allí alguna cuenta pendiente... o algún recuerdo...?

—No. No es eso. Es que... a esta hora suele haber mucha gente... Vamos a otro sitio... Al Rancho.

Se han sentado frente a frente, y ahora César puede contemplar a Celia, bebiendo a grandes tragos su rostro risueño, sus manos inquietas, pequeñas y activas. Pero la conversación está deshilvanada, con muchos huecos de silencio. Celia sabe bien que alguna cosa inquieta a César, o más bien que sus ideas andan sueltas, tropezando a ciegas. Por eso le ayuda discurriendo temas que pueden hablarse así; sin pensar nada.

—Me dijo tu patrona que saliste pronto... Cuando llamé al hospital y me enteré de que ya no estabas... quería saber... me alegro mucho...

—Sí. No es nada grave. Molesta un poco el yeso éste. Creo que me lo quitarán pronto.

La conversación languidece y César da señales de inquietud. Aunque no le importa nada la hora que pueda ser, consulta el reloj sin acordarse de que es gesto que siempre contraría mucho a Celia.

—Vámonos, si quieres...

—No... Si, no...

—Vámonos de todos modos. Ya estás mirando la hora...

—Perdona; te lo ruego. Lo hice así, sin darme cuenta... ¿Por qué es esa antipatía tuya a los relojes? Tú nunca lo usas; lo he advertido.

Celia se ha puesto de pie, y sus decisiones son siempre irrevocables.

—No lo uso, porque no lo tengo. Es la verdad. Antipatía, no; aunque no me agrada nada que signifique medida, dirección, orden, mandato. Y los relojes existen para ordenar, para apremiar. ¡“Ahora! ¡Todavía, no! Te quedan diez minutos”. ¿Qué son diez minutos?

¿Qué es un año? ¿Qué es un día? ¿Qué has hecho tú en el día de hoy? ¿Para qué te ha servido?

Celia habla apresuradamente, sin mirar a César, mientras revuelve en el bolso buscando las llaves del auto. Como si hablara sola.

—“Panamérica”. “Nación”. “País”...

Uno de los niños se dirige a la barra a ofrecer sus periódicos y otro, más pequeño, se vuelve hacia César. Tiene el rostro y la ropa mojados por la lluvia y protege su mercancía con esmero, cubriéndola con un cartón.

—¡Hola! ¿Eres tú...? ¡Cuánto me alegro...! ¿Ya está en casa tu papá?

En el niño se acentúa la sonrisa blanca, que ilumina su rostro moreno.

—Sí, señor. Llegó temprano. Muchas gracias, señor. Muchas gracias. Mamá está muy contenta. Todos.

Yeyo sigue pregonando los periódicos, y desde el ángulo de una columna se vuelve para sonreír de nuevo.

—“Panamérica”... “Nación”... “País”...

Instalados en el carro, Celia se encara con César.

—Perdóname lo que te dije. Parecía enojada. ¿No es verdad? Yo sé lo que has hecho hoy. Ya lo sé. Has ayudado al padre del chiquillo ese. Es una buena obra. Es el hombre que te atropelló. ¿No es cierto? Has hecho muy bien, César. Tú eres muy buena persona, y yo te quiero mucho.

Es casi de noche y las luces del jardín están todas encendidas.

Celia pone en marcha el automóvil.

—Y no le tengo antipatía a los relojes; ya lo sabes.

César se deja conducir como un paquete. Tiene la ingrata sensación de estar atado. Quisiera soltarse; abrazar a Celia, acariciarla, besarle los ojos. Pero, no es posible. No será posible nunca y la certeza le da frío.

El carro se desliza por las calles sorteando chivas y dos carretillas, y en una esquina se detiene.

—Ya estás en casa. Ahora, no tienes pretexto. A escribir. Escribe, porque quiero ver esas cuartillas. Hasta mañana.

La presión de la mano es firme y prolongada. Ya en la acera, olvidado de la lluvia, que ahora cae mansamente, César aspira el perfume que quedó en su mano y que lo mantiene aún unido a Celia. Mientras sube la escalera se acuerda de que ella cumplirá años muy pronto. El día no lo sabe, pero eso no tiene importancia. Le va a regalar un reloj. Sí. Un reloj, para que no se enfade más cuando mire la hora. Un reloj de acero, costará... Puede comprárselo a Mario y pagarlo a plazos. Sí. A Mario. Irá al día siguiente a ver los relojes y, al mismo tiempo... podrá saber algo de Silvia. Silvia... Celia... aquel perfume de la mano, que se desvanece...

Obdulia, la patrona, se ha interpuesto entre sus sueños.

—¡Don César...! ¡Ya era hora! No se apareció por aquí en todo el día... Una niña lo llamó por teléfono... Y lo llamó un señor también. Acababa usted de irse y le dije...

—Sí, sí. Gracias...

—... y de paso quería recordarle que a ver si puede darme alguna cosa. Ya sabe que el atraso...

—Cómo no, Obdulia... Mañana hablamos... Tengo que cobrar...

—Yo no quisiera apurarlo, y menos ahora... ¡Ay! ¡Nos asustamos más cuando supimos lo del atropello...! Pero, gracias a Dios... Ven-ga a comer, que ya está listo...

César come solo y sin hablar, y no sabe lo que come. Todo sabe igual en la pensión de Obdulia. Las sopas, a culantro; la carne, a cebolla, y el arroz a nada. El queso, la jalea y el café. El queso bueno, es el de la mañana. Un queso tierno y blanco, de Chitré, que trae en la camioneta Leovigildo, el hermano de Obdulia. Un hombre muy alegre que toca la bocona y canta mejoranas y que va todos los años al concurso a Guararé. A César le gusta verlo, porque trae siempre en la ropa algún aroma campesino y fresco que se impone al de la gasolina. Pero hoy Leovigildo no está aquí y César no tiene con quien hablar, ni a quien escuchar. Si hubiera venido, podría oírle unas décimas, o alguna historia complicada de muertos y de aparecidos, que él sabe desde que las aprendió de niño en un campo de Monagrillo. Pero, Leovigildo no está y Obdulia podría volver a recordarle que le debe plata,

César sube hasta su cuarto y se asoma a la ventana. El agua de la lluvia ha esmaltado el zinc de los tejados y deja caer gotas de oro frente a la luz de los focos. El humo del cigarrillo se escapa hacia la noche y César lanza la colilla al aire, donde traza una parábola fugaz. Humo. Ese es el título de un cuento que César tiene comenzado; un cuento que no escribirá nunca. ¿Como la novela? Como la novela, no.

Ya está sobre la mesa la tapa de cartulina; pero ahora hay en la máquina una cuartilla nueva. ¿Quién la puso? ¿Cómo está allí? ¿Estaría siempre? César la toca con los dedos y percibe el polvo acumulado. Aquella cuartilla tiene fe. Y la fe no puede marchitarse, porque sin ella no habría en el mundo nada más que crimen y abominación. Por eso Tallín no pinta. Porque la ha perdido, al perderse a sí mismo.

César ha vuelto a leer aquellas páginas perdidas, que van cobrando calor, y su pulso se acelera. Son viejos conocidos aquellos personajes, que acaba de encontrar de nuevo; son sus criaturas, que parecen gozosas de salir de la bruma y del olvido. La máquina vuelve a so-

nar, aprisa, ametrallando la pereza. Sí; eso era. Pereza, solamente, como Tallín. Todo lo demás, son cosas inconsistentes que destruye el razonamiento y, sobre todo, el quehacer. A pesar de su brazo, al que el yeso priva de movilidad, César escribe. Dos cuartillas, tres... ¿Cuántas más...? Las agujas de todos los relojes siguen marchando despacio; de todos. Del que César tiene en la mesa de noche y del que Mario le venderá por la mañana para que Celia lo use.

Son las once. Los cines echan a la calle a sus clientes aburridos y sobre las mesas de algunas cantinas repican todavía las fichas de dominó. César se detiene a fumar un cigarrillo. Todo marcha bien. Tiene tabaco en abundancia y tiene fósforos. Y allí está el cenicero, y los lápices de corregir y las cuartillas blancas. Nada puede interrumpirlo. La piel del brazo herido pica bajo la armadura; pero César no lo advierte. Ya encontró a sus personajes, que crecen y viven. ¿Por qué no pudo hacerlo antes? No siempre es pereza, no. Tallín puede tener razón. Escribir, pintar, crear, no es un trabajo cualquiera. Tallín decía eso alguna vez. Horas y horas delante de un cuadro, sin que los pinceles logren el menor acier-

to. Se pinta con enorme esfuerzo, hasta la náusea y hasta el agotamiento. Y es preciso destruirlo todo. Tachar, borrar y alejarse de la obra comenzada. Para pintar, para escribir, es preciso que se sienta la necesidad de hacerlo. Como ahora.

La máquina sigue sonando y en la calle llueve lentamente.

“La Ranita” está llena de cholos y soldados, y Emilia, enfrente de la caja, mira a todas partes sin que nadie sepa a donde.

Pancho y Rosa duermen juntos otra vez, y el ciego, Don Marcelo, llama a voces a su hija para saber qué hora es. Acaba de despertar de un sueño corto y no sabe si es de día.

—Cállese, papá, que acabamos de acostarnos.

A Chon le duelen mucho los tobillos y las piernas y piensa en la ropa que tiene que planchar.

La luz de la luna se refleja unos instantes en el patio mojado, hasta que una nube grande la vuelve a ocultar.

Yeyo tose varias veces.